

pacifismo profesional, en el que suele desdibujarse la linde del desatino y la malignidad.

Mientras los apoderados legales de los Estados anticomunistas andaban —va a hacer ya cuatro años— entre recelosos y efusivos entregados a la evagación de las conferencias y de las asambleas, Rusia, que sabe bien el terreno que pisa, «acordaba» con Polonia y con Checoslovaquia la unificación de los armamentos y métodos de combate, que debía estar ultimada el 1.º de enero de 1948. Ignorar el sentido de éste, y de no pocos sucesos análogos, puede resultar cómodo, a trueque de incurrir en una tremenda responsabilidad histórica.

No es corta felicidad la de España, que no se verá obligada a compartirla, aunque a la hora de lamentar las consecuencias, le corresponda en ellas —como es de temer— su cuota.

No es aventurado suponer que si sobreviene otra guerra va a diferenciarse bastante de las precedentes. Menos, quizá, por la introducción de nuevas y aterradoras armas que por el agotamiento de algunos conceptos hasta ahora válidos. Quizá en un futuro próximo no pueda volver a hablarse con propiedad de frentes de combate; la aparición insospechada y plural de núcleos de tropas paracaidistas a la espalda de las formaciones empeñadas en combate, había comenzado ya durante la última guerra a proyectar sombras sobre las nociones ingenuas de «frente» y «retaguardia».

Hoy, la creación en casi todos los países no comunistas de quintas columnas al servicio del Kremlin, va a economizar el esfuerzo de los desembarcos aéreos. Vale decir que acaso la guerra próxima tome el carácter de una gigantesca guerra civil del mundo.

España —«unida y en orden»— constituiría entonces la excepción; no interesa aquí la aventura de conjeturar cual había de ser su papel en semejante conflicto.

Para la defensa de los valores y de las constantes históricas, su substancia de su vida, España cuenta con un Ejército que conoce las exigencias de su quehacer. Los riesgos que a unos y a otras amenacen serán los determinantes de sus resoluciones.

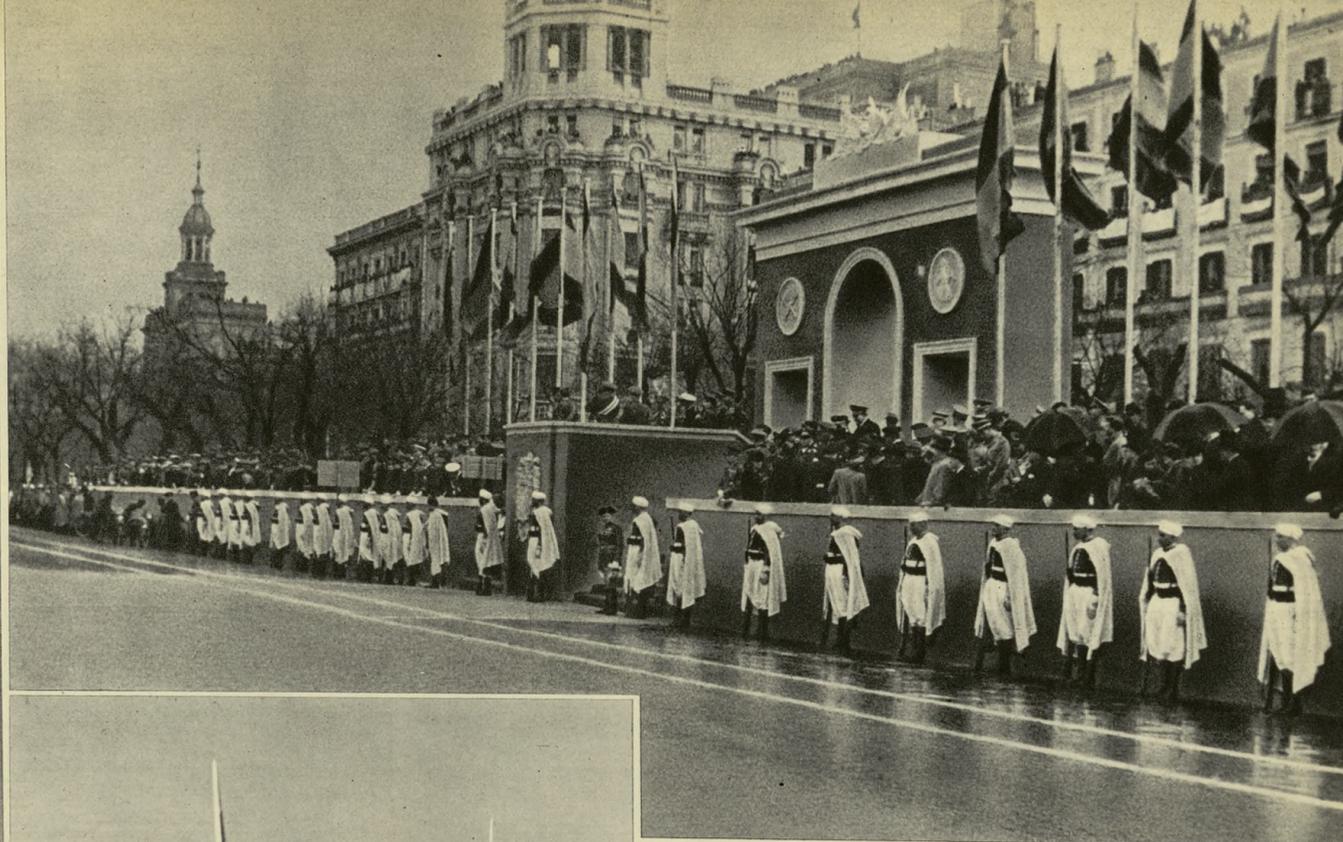
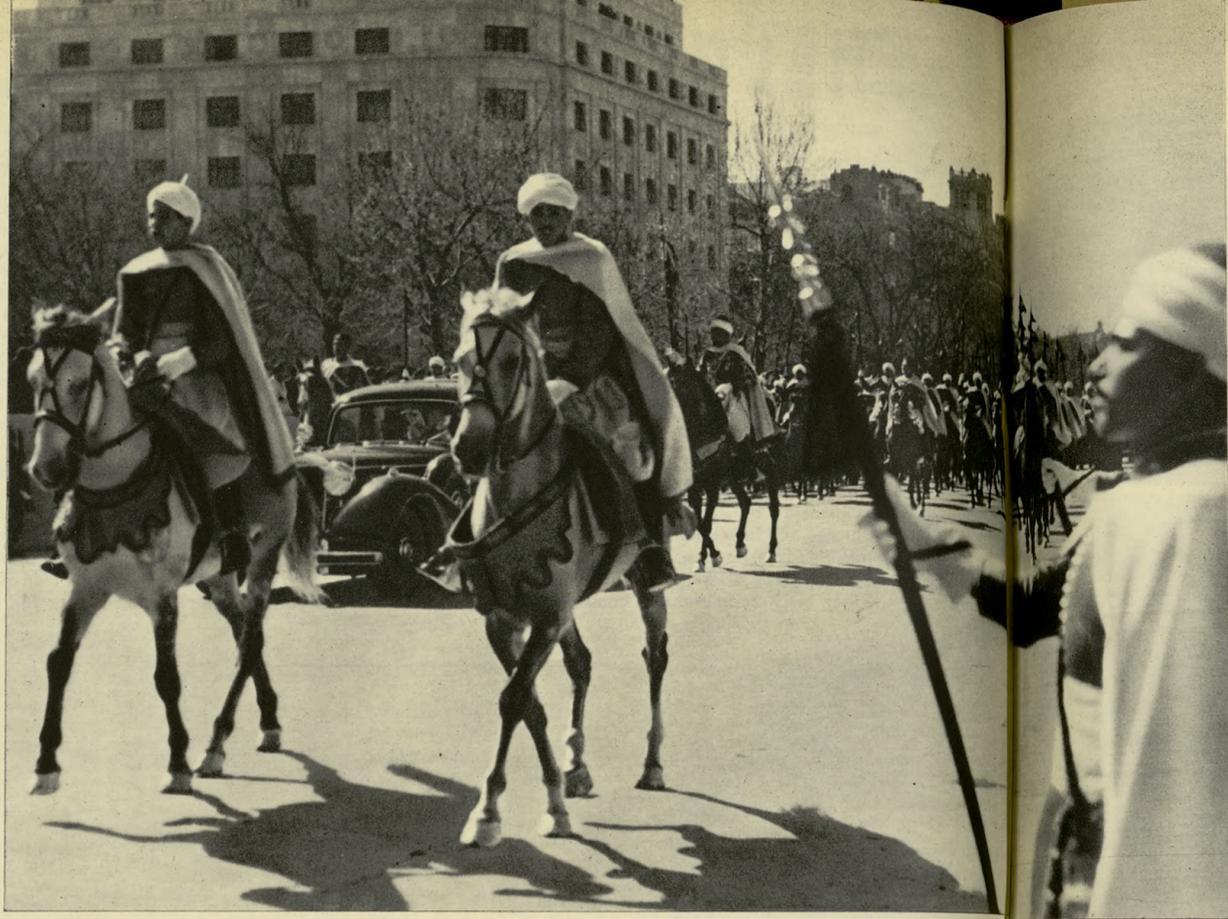
El mundo, quizá sin percibirlo claramente, está inmerso en una crisis de cuya resolución depende su porvenir. Ha llegado un momento en que cualquier pueblo que dispone de una industria fuerte, y de una capacidad de producción holgada, se cree en posesión de todos los recursos para violentar a medida de su deseo la voluntad ajena; es el mismo instinto primario que en una sociedad elemental sugiere al antropoide físicamente superdotado la seguridad de su indiscutible dominio. En definitiva se trata del desolador proceso de degeneración espiritual que amenaza transformar la civilización en barbarie.

Pero pese a cuanto —elogio, temor, o esperanza— pueda decirse de los progresos del armamento y de la mecanización, en la guerra siempre será el hombre el elemento de fuerza; de todas partes llegan voces solventes que lo recuerdan; y el hombre vale, sobre todo, por lo que valgan sus recursos espirituales.

Claro es, que pese a lo que rezan algunos estribillos castrenses, la voluntad de vencer, no es, por sí sola, garantía de triunfo; por lo menos, si no se entiende muy exactamente que la voluntad de vencer presupone una disposición —explícita o tácita— encaminada a buscar los medios precisos para asegurar la victoria. Los defensores del Alcázar de Toledo ignoraban todo acerca de las posibilidades de triunfo que tenía su causa, pero sabía que estaban peleando por la causa de Dios, y esta seguridad los sostenía frente a la superioridad abrumadora de medios del enemigo; con distinta suerte, los que luchaban en el cuartel de Simancas, en Santa María de la Cabeza, o en Teruel, animados de la misma convicción, sucumbieron para que triunfase la causa a la que se habían entregado.

La modestia de los medios materiales no fué nunca para el soldado español obstáculo que cerrase el paso a sus empresas. Poseído de la razón de su causa, su tenacidad carece de límite; jamás se encuentra vencido, porque sabe que cuando parece que se han agotado todos los medios humanos, aún queda el milagro, como esperanza de triunfo. Y si la que aguarda es la muerte, todos saben esperar —como los marinos de don Cosme Damián— la gloria eterna, prometida en el nombre del Dios de los Ejércitos.

J O R G E V I G O N



LA HISTORIA A PASO DE PARADA

LOS desfiles militares siempre tienen algo de arcangélico. Su fuerza y su belleza ganan a todos los hombres de todas las razas y de todas las ideologías. Me parece a mí que la Jornada Conmemorativa del Triunfo Universal del Anarquismo Libertario sería celebrada con un desfile militar de acuerdo con las más severas normas establecidas por el Estado Mayor, seguro que sí. Pero naturalmente no pensaba en estas bobadas quiméricas y paradógicas al paso de los menudos y bravos Regimientos de Infantería, de las Academias, de la tormentaria, gigantesca y moderna, de los tanques, al paso frenético de la Legión—vista y no vista—; al grave paso entre oriental y chungón de los Regulares, con sus chirimías y dulzainas de zoco y fiesta. Al paso de los blancos infantes esquidadores y montañeros, al paso de los ángeles con candora: los muchachos de la Primera Bandera de Paracaidistas. Pensaba en cambio en aquel 1.º de abril de 1939, cuando el Desfile de la Victoria era ganado en la última marcha, cuando venía el Sábado de Gloria para esta España del enorme calvario.

* * *

(Madrid en las manos y la entera geografía española bajo el amparo de las bayonetas nacionales. Este era el resumen que nos hacíamos los amigos del hospital. Nos había tocado la negra —¡mala suerte!—, y a la hora de la victoria nuestro humilde julepe de las cinco de la tarde, nuestro pequeño mus, casi nos parecían una profanación. Por un momento sentimos el enorme silencio que se desplomaba sobre España al callarse los frentes. Entre el último disparo y el primer vitor de paz, qué gran silencio el de España. Empujaba la yerba de los prados, galleaba el trigo y todo tenía un aire fresco, reciente y noble. Sobre un gran mapa—en el que habíamos seguido durante más de un año la cotidiana trayectoria de los partes oficiales—, los enfermos loca-

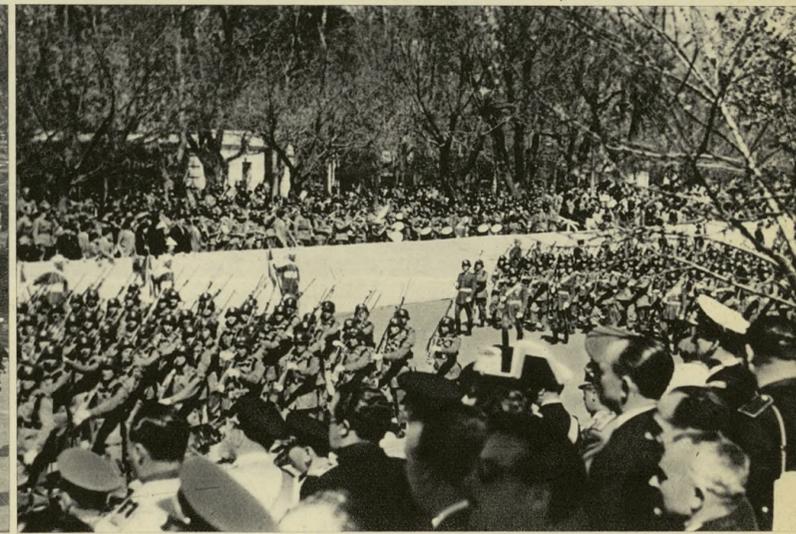
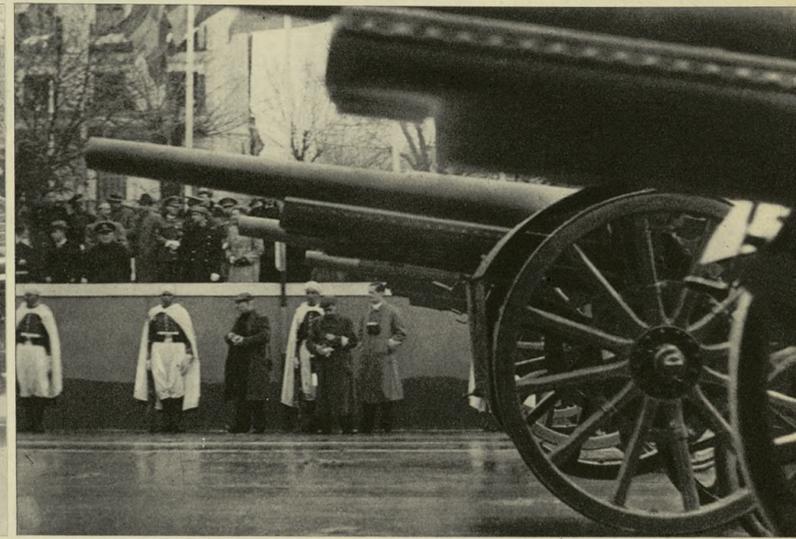
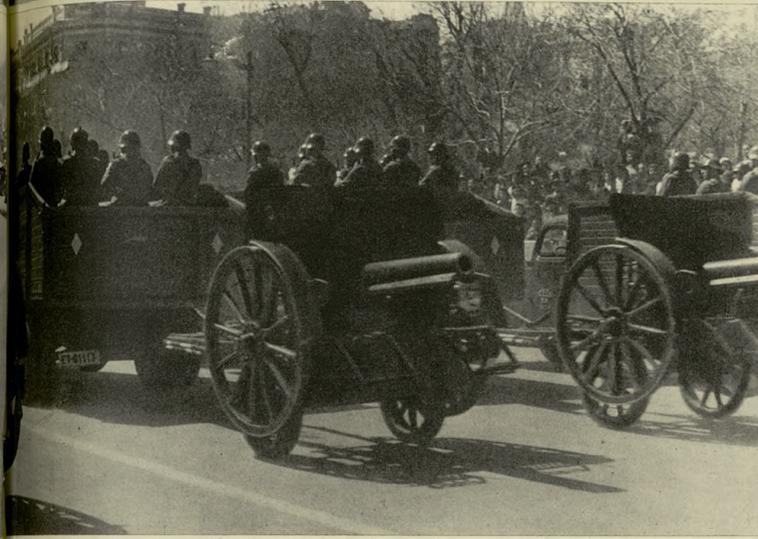
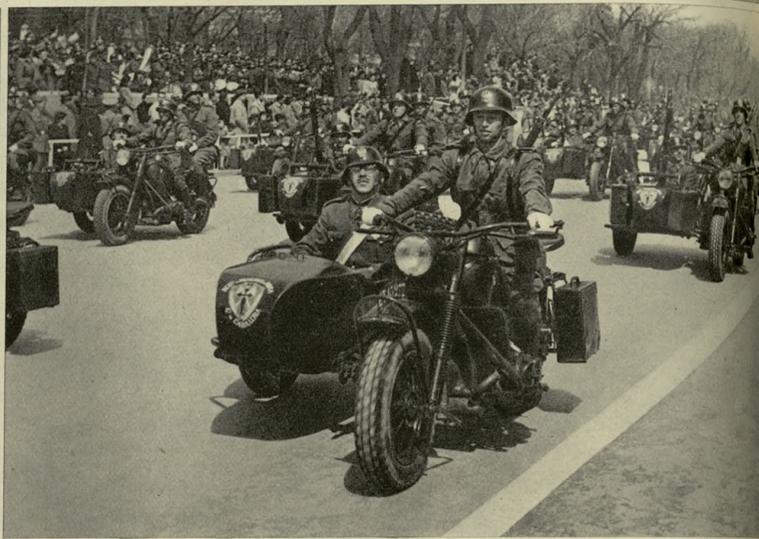
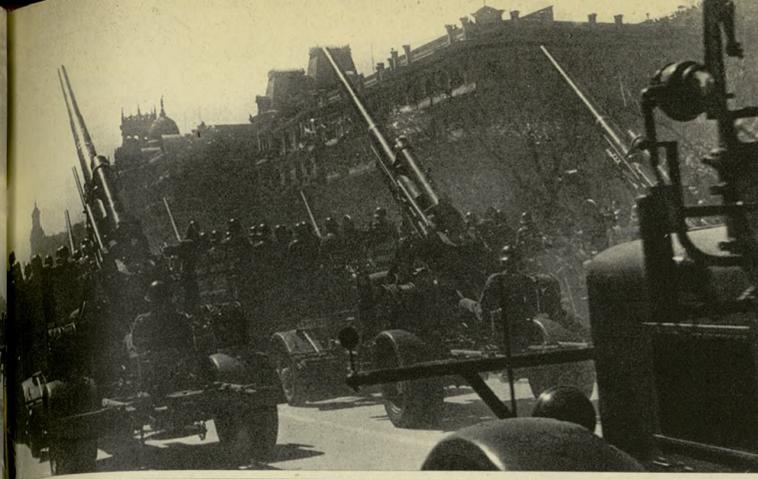


1939-1949

En estas páginas, dedicadas a los desfiles de la Victoria celebrados en Madrid en los días 1.º de abril de los diez últimos años —1939-1949—, reproducimos diversos aspectos gráficos que muestran la marcialidad y la grandeza del victorioso ejército de España.

lizábamos, a la buena de Dios, nuestras banderas, nuestros tercios, nuestros batallones. Los itinerarios se hacían sencillos y envidiables, y ninguno de nosotros pensaba en el sol que sufrirían los que aún marchaban de pueblo en pueblo, de alcor en alcor, de vaguada en vaguada. «El último trozo siempre se cubre bien». Y quizá en aquel momento un «paco» desesperado abría un agujero en la frente de nuestro amigo. Pensábamos en una victoria de marcha triunfal—y conocíamos la guerra, ya lo creo— y el que más y el que menos consideraba que cualquier otro le sustraía la mirada de la más bella al más fiero de los triunfadores. La suerte debía estar asustada de tanta maldición, la perra suerte, la cochina suerte, la puerca suerte.

Era inevitable pasar lista. Supongo que todos comenzamos a pasar lista. Desde el 18 de julio de 1936 hasta el 1.º de abril de 1939, casi tres años de guerra, y la flor de España a tiro limpio, la flor de España oreándose a la intemperie, mientras las bonitas radios de París y Londres tocaban música de baile desde «Chez Maxims» o desde cualquier cabarete del West End. Y los tipos que creían en la charanga liberal y marxista advirtiendo dulcemente al ser hechos prisioneros en Teruel: «Avisen a mi cónsul. Soy ciudadano británico, o francés, o canadiense, o americano.» «Delicioso «fair play», sin atenerse a las consecuencias, sin decir: «Iba todo, azul gana, rojo pierde. Y yo pago.» Azul lo jugaba todo y pagaba todo con religiosidad. Recordábamos los muertos juveniles, los entrañables muertos, los muertos alegremente, resignadamente. Recordábamos los muertos de España. Recordábamos, también, los muertos rojos. El rojo Pérez y el rojo García y el rojo Fernández. Los tercios milicianos que nos hacían rabiarse y enorgullecernos; y nos daban muchas ganas de ir a escupir sobre la tumba de los internacionales. Los muertos de España, la victoria de España, la derrota de los rojos—los rojos con apellido es-



pañol—, el heroísmo de nuestros camaradas, el heroísmo de nuestros enemigos, nuestras ilusiones—y las ilusiones de los derrotados—, los sueños de los que cayeron en el camino, los sueños de los que vivían aún, de los que estaban en el último frente y de los que estábamos a la sombra de los plátanos en la galería del hospital; todo, todo era nuestro, todo era el botín de los vencedores. Nunca fué el alma de un soldado tan grande, tan generosa, tan abierta. Sentíamos el alma como una posada con pan tierno y vino fresco para los que caminaban. Para los vencedores y los vencidos. Tenía el alma un gran patio, con parra, toldo y mesas, para que los hermanos de España se abrazasen, cantasen a coro y echasen a andar. Andar juntos de nuevo, irrevocablemente juntos. Haciéndole una higa como una catedral a la radio de París y otra a la de Londres, y a cualquier otra radio que se lo mereciese. ¡Qué hermoso cantar juntos los españoles, qué alivio proclamarnos hermanos, qué belleza la de aquel día en que esperábamos el último parte. Todo se venía a la memoria. La tasca de Aranda de Duero, la plaza al sol y aquel gran cartelón sobre los soportales: "Cuartel General de Falange Española". El airecillo sutil en las faldas de Somosierra, la víspera de San-

tiago, y las encinas desplegadas en guerrilla, los surcos en que dormimos y el trigal aquel que cruzamos de madrugada. Pensábamos en el vientre de aquel camarada, con un orificio que al pronto se confundía con el ombligo, y por aquel orificio se le iba la vida. Y el camarada nos miró. (Mordía un pañuelo para no gritar, como si temiese despertar con sus alaridos toda la barbarie de la guerra. Mordía un pañuelo, y nosotros teníamos el corazón en la garganta, pero lo tragamos y seguimos adelante.) Pensábamos en la vega talaverana, en un tanque despanzurrado y en un montón de muertos bajo los olivos. En el sol de Maqueda y en la niebla de la Casa de Campo, y en aquel entierro de unos falangistas de la Primera Bandera de Castilla. Pensábamos en la línea del tranvía de Carabanchel y en aquel muerto jugando a las cuatro esquinas, y en la ermita de San Jorge en Huesca, y en el mango de la sartén — quemaba el mango por el fuego de las ametralladoras rojas—, y en la Legión Gallega asaltando el manicomio, y en que parecía que los locos asaltaban el manicomio, los locos de a pie, erguidos bajo la metralla, tan terner los tios, con su "marisco" en el gorro y en el pecho, y en que luego lloraban la muerte de sus camaradas con una ternu-

ra de guerreros fabulosos. Pensábamos en que Amadís había hecho un curso en Granada o en Dar-Riffien, en Avila o en Fuentecaliente, y en el día de la jura de la bandera, y en las guarniciones fronterizas, y en la niebla de Teruel. Pensábamos en aquel camarada que había caído a las dos horas justas de rescatarse Teruel, y en que dijo muy convencido: "¡Qué lástima, ahora que se termina la guerra!". Y murió como un bendito, aunque algo amoscado por no ver el final. Y en el paso del Ebro, y en los de Belchite, y en los del frente andaluz, frente de guerrilleros, de algara, de correía, de asalto de villas y matanza de moros y cristianos. Y en las tardes largas de Extremadura, y en la carrera fulminante de Cataluña, y en la llegada al mar. Y pensábamos en el día en que nos evacuaron, al uno desde Teruel, al otro desde Bujaraloz, al otro desde Coballs, o desde Tremp o desde los arrabales de Gerona. La puerca suerte, la maldita suerte, la cochina suerte. Pensábamos en los muertos de España, juntos todos bajo la tierra madre, juntos todos, los que vencían y los derrotados, juntos todos cantando la canción de la primavera, aupando la yerba y el trigo, fecundando la paz con sus míseros cuerpos, glorificando a Dios en la victoria de su bandera.

Y veíamos a los muertos dándose la mano, y echando una manita los nuestros a los de ellos. Y pensábamos en que no habría más eso de "ellos" y "nosotros". Los muertos de España, oyendo las marchas en la noche, sintiendo en sus huesos resecos las hogueras victoriosas, ardiendo ellos mismos, con sus años jóvenes, con su generosa juventud, su eterna y prodigiosa juventud. Entonces oímos el último parte, y dijimos amén. Pero de verdad, de verdad, no pudimos dormir. Nos dolían los riñones, nos dolían las espaldas, los tobillos, las muñecas y las plantas de los pies precisamente por esa marcha que no habíamos hecho. Por la última marcha, que ya era como el primer desfile. La marcha triunfal, perra suerte, maldita suerte, puerca suerte. Luego, creo que todos rezamos un avemaría. Así fué, sí.

* * *

Los muertos, los muertos, los muertos. A los diez años de aquel día, en el X Desfile de la Victoria, todavía sonaba la monótona y dulce voz de los muertos con un grave tambor. Ni aburre el redoble del tambor, ni cansa esta pesadumbre de los muertos, de todos los muertos, los soldados, los



marinos, los aviadores, los mártires —los de la checa, la cuneta y la cárcel—, los falangistas, tercios, sublimes de Alcubierre y del Alto, milicia del Alcázar, y los requetés, agresos guerrilleros de Montejuorra, cabezones joteiros de Belchite, y los muertos rojos. También los muertos rojos. Todos juntos, contemplando la marcha de los batallones, todos viendo pasar al Tercio del Gran Capitán y a los Regulares de Ceuta, a Wad-Ras y a Montesa, a Cantabria y al Inmemorial, a los Dragones del Alfabra, a los de Pavia y a los de Calatrava. A los viejos Y nuevos nombres de los soldados de la Patria. A los que abrieron su primer banderín de enganche en el siglo XVI y a los que alzaron su gallardete de reclutamiento hace unos años. Y en torno a éstos, cerca, muy

cerca, aquellos solitarios y lejanos muertos de Rusia, los que cayeron combatiendo en su casa al enemigo que acaba de descubrir el mundo; los que están ahora calentándose los huesos en esta inmensa hoguera del sol y el amor de España. Y así, ante el Caudillo, pasaba la entera y enorme Historia de nuestra Patria. A paso de parada, en Madrid, desfilaba grande y universal Historia de España. la RAFAEL GARCIA SERRANO (Reportaje gráfico de VALMITJANA)

